

Sobre el Título y el lema de la Pascua

El título de la Pascua 2003: “La Fuerza de AMAR”.

La aventura de relación de Dios con el hombre, es una realidad constantemente sorprendente para nosotros: nunca llegamos a comprender a Dios del todo.

Constantemente, en la vida de Jesús y en los textos del Antiguo Testamento, encontramos con frases que hacen referencia a esa historia llena de sorpresas. Los caminos de Dios no son los caminos del hombre; misteriosamente los senderos de Dios se elevan hasta cotas de realización nunca pensadas por el ser humano.

“¡... si conocieras el don de Dios...!”; “¡si tuvierais fe como un grano de mostaza!”; “¡tanto tiempo con vosotros y todavía...!”; “¿por qué dudas?”; “mete la mano en mi costado!”. El conjunto de frases de Jesús en las que insinúa esta incomprensión de los discípulos, podría ser infinito; pero ¿cuál es el mensaje que no llegan a comprender los Doce?

Quizá, el pasaje que mejor muestra el corazón de lo que Jesús viene a presentar como proyecto de vida para el hombre, está en los capítulos correspondientes al Sermón de la Montaña y del Valle del Evangelio de Mateo (cc. 5 y ss). El conjunto de Mateo, comienza con las Bienaventuranzas y va desgranando imágenes, parábolas, contrastes y leyes que hablan de un mundo nuevo construido desde el AMOR.

El problema de los discípulos, como el nuestro mismo, es que el amor que nosotros somos capaces de dar como hombres limitados que somos, es un amor con minúsculas; ¡no somos capaces de dejarnos en manos del Alfafero creador de todo, para que Él nos moldee. Aquél que sea capaz de dejar que sea el Espíritu de Dios el que ensanche su corazón, será capaz de amar no con letras de pequeñas, sino con letras mayúsculas; aquél que sea capaz de fiarse de Jesús y de su mensaje, experimentará cómo el Espíritu de Dios va transformando su interior; sentirá que, su forma de amar, va pasando de ser escrita con letras minúsculas, a tener dibujarse con las letras mayúsculas del rostro mismo de Jesús; entonces nos será posible AMAR como Dios ama.

Durante la vida de Jesús los Discípulos vivieron con un “amor con minúsculas”; fue a partir de la resurrección cuando comprendieron lo que era “AMAR” con mayúsculas; el relato del camino de Emaús presenta inigualablemente lo que significa pasar del “amar” en pequeño al “AMAR” como Dios ama. La experiencia de Jesús resucitado hizo que los Discípulos reinterpretaran toda la vida del Maestro, y la suya propia, desde otras coordenadas totalmente distintas. Desde el momento del encuentro con el Resucitado, es posible empezar a construir un Mundo Nuevo en el que la fraternidad se va abriendo paso, poco a poco, en forma de

comunidad cristiana; en la que el amor ha de estar siempre escrito con las letras mayúsculas propias del AMOR de Dios.

El grupo de hombres y mujeres que seguían a Jesús se transformó, por obra y gracia de la Resurrección de Jesús, en una Comunidad cristiana; el grupo que se dedicaba a “amar” con minúscula, comenzó a vivir desde el “AMAR” con mayúsculas. Desde ese momento, el rostro de Cristo pudo empezar a estar presente, por los siglos, en medio del mundo; un rostro de Cristo que mira con inmenso amor a aquél que se acerca a Él y que le pregunta: “¿Conoces el Don de Dios?... el AMOR con el que Dios te ama?”. Cuando un hombre o una mujer le responden a Jesús diciéndole: “¡sí, pero aumenta mi fe!”, se produce el milagro que hace posible lo que antes parecía imposible; es entonces cuando empieza a notarse la fuerza absolutamente renovadora que tiene el AMOR de Dios; es entonces cuando el rostro de El Salvador empieza a ser sentido dentro y cuando se empieza a ver con los ojos de Dios, los ojos de Cristo.

El Icono de El Salvador de Zvenigorod.

Dicen que, cuando este icono pintado por Andrei Rublev a principios hacia el 1500, fue descubierto, llevaba años abandonado en un pajar; la persona que lo rescató del anonimato se sintió absolutamente fascinado por una mirada que le llegaba hasta lo más profundo de su alma: era la propia mirada de Cristo.

Los iconos de nuestros hermanos ortodoxos no son simples pinturas de temas religiosos; cada uno de estos iconos está necesariamente pintado, en un clima de larga oración y por personas que viven profundamente la fe cristiana. Un icono es una especie de oración que un santo nos ofrece para que, si somos capaces de conectar con su experiencia, nos sintamos amados por Dios. Los iconos nos verdaderas ventanas hacia la realidad de un Dios que quiere habitar en nuestras vidas.

El Icono de Cristo Salvador de Rublev es llamado en Rusia “El Constructor de la Paz”. Este icono, del que sólo queda visible la sexta parte del original, ha sido testigo de guerras, refriegas y odios fraternos del Pueblo Ruso; pero la presencia del rostro con la mirada que todo lo llena, en el centro de una tabla descarnada, parece que quiere ser testigo del empeño que Dios tiene de permanecer en medio de un mundo desgarrado por la guerra y el desamor.

Este icono es como una parábola del continuo empeño de Dios por estar en medio de nosotros haciendo posible lo aparentemente imposible; es signo, para aquél que lo quiera mirar, de un Jesús que quiere transformar nuestro pequeño amor con minúsculas, en el AMOR con mayúsculas que todo lo puede.

Cristo Salvador nos mira a cada uno, a nuestras comunidades, a nuestro mundo,... y, a todo “el que se deja”, le pregunta: “¿conoces el don de Dios?”; y en aquél que le contesta: “¡creo,

Señor, pero aumenta mi fe!”, es capaz de hacer brotar los ríos de agua viva de la esperanza, de la confianza, de los horizontes sin límites... del AMOR de Dios.

La Fiesta del AMOR de Dios en la Primavera.

Además del concreto icono de este año, cada Semana Santa se nos presenta una parábola viva de lo que es la Pascua: la primavera. La celebración de la resurrección en la primera luna de la nueva primavera, no es una coincidencia.

En la experiencia de invierno hemos de ver nosotros la experiencia de frío y de oscuridad que tantas veces, cada uno de nosotros y nuestras propias comunidades, vivimos. Llamados a ser presencia del rostro de Dios en medio del mundo, muchas veces tenemos más bien la experiencia de vivir en un frío invierno en donde nada puede nacer. Ver que todo renace, si sabemos verlo, es también un signo, una parábola, con la que año tras año Jesús nos habla de la fuerza de la Resurrección, de la fuerza del AMOR de Dios.

Él está presente en muchos lugares mirando y buscando nuestra mirada; para aquél que le busca de verdad el mundo y las cosas están llenos de su presencia... pero ¡tantas veces su presencia está tan dañada como el icono de El Salvador!

Cada Pascua Cristo quiere renovar su presencia en nuestras vidas y en la vida del mundo entero. ¡Dejémonos mirar por Él!; ¡quiere construir su rostro en nosotros!; ¡quiere hacer que miremos a los demás como Él nos mira!: con infinito AMOR.

Miguel Ángel Velasco cmf